

EL OBSERVADOR.

CORTES GENERALES.

ESTAMENTO DE LOS SEÑORES PROCERES.

SESION DEL DIA 3 DE SETIEMBRE DE 1834.

Presidencia del Excmo. Sr. duque de Bailen.

Leida el acta de la sesion última el Excmo. señor conde de Sástago dijo que en ella se manifiesta que el Estamento fue invitado por S. E. á tomar alguna medida sobre la nueva epidemia que al parecer se presentaba; aludiendo á las escasas espuestas por el Excmo. señor duque de Villa-hermosa, y fué quien lo propuso el Excmo. señor conde Gonzalez Castejon; pidió que se rectificase y se aprobó el acta con esta modificacion.

Se dió cuenta de tres expedientes de la comision de examen de documentos sobre los presentados por los Excmos. señores don Mariano Llan, obispo electo de Teruel, conde de Cervellon y conde de Priegue, opinando que el primero comprueba las condiciones por medio del nombramiento que acompaña el segundo todas las condiciones excepto la tercera que promete mejorar, y el tercero acompaña á la carta de su nombramiento, unas diligencias por las que acredita las rentas que posee, aunque no justifica las condiciones primera y segunda que ofrece verificar; y la comision es de dictamen que sean admitidos dichos tres señores, lo que fue aprobado por el Estamento.

Entraron á jurar y tomaron asiento los tres referidos Excmos. señores.

Se dió cuenta de los expedientes que siguen.

Uno del Excmo. señor conde Armiñe de Toledo, en que la comision de examen era de parecer debía admitirse en el Estamento.

Otro del Excmo. señor conde de Taboada; la comision opinaba lo mismo; atendiendo á la certificacion últimamente enviada; y el Estamento aprobó el dictamen de la comision.

Asimismo aprobó el dictamen de la espresada comision, respecto del expediente del Excmo. señor conde de Guindalain, quedando el Estamento enterado del aviso que da de haber recibido la circular de 9 de agosto último. La misma comision da por bien probadas las condiciones que reúne el Excmo. señor marques de Besolla con presencia de los documentos que ha presentado; quedando enterado el Estamento de las causas que manifiesta le impiden presentarse el por estado de la provincia en donde se halla.

El señor don Manuel Llauder manifiesta, que próximo á trasladarse esta corte recibió la circular de 9 de agosto, y considerándose comprendido en las excepciones ha suspendido su viaje. Lo cual hacia presente como tambien que está pronto á dar su voto según su honor y conciencia le dictan, y de un modo noble y franco en todo lo relativo al bien de la patria. El Estamento quedó enterado.

Igualmente lo quedó de la comunicacion del Excmo. señor conde de Montijo y de Miranda, mandando pasase á la comision de documentos, de haber sucedido en estos titulos á su hermano, y de haber renunciado el condado de Teba en su hija primogenita; y para acreditar las condiciones requeridas para los Próceres natos, remite los documentos correspondientes.

El Excmo. señor conde Armiñe de Toledo envia al Estamento un oficio en que inserta una real orden de 17 de agosto que se le comunicó por el secretario de la guerra, mandándole permanecer en su destino hasta nueva resolucion. El Estamento quedó enterado.

Asimismo lo quedó de una esposicion del Excmo. señor marques de Cerralvo, en que con fecha de 20 de agosto último dice quedar enterado de hallarse autorizado por el Estamento para dejar de asistir durante sus funciones de caballero mayor de la Reina nuestra Señora.

El Excmo. señor marques de Dos-aguas manifiesta desde Valencia, recordando lo que espuso en 8 de julio último, que se halla en imposibilidad de presentarse á ejercer su dignidad, por hallarse su salud en peor estado que tenia al tiempo de su anterior comunicacion. El Estamento quedó enterado.

Asimismo lo quedó de otro oficio del Excmo. señor marques de Bellisca, en que espone que siguen las mismas causas que para dejar de asistir al Estamento manifestó con fecha de 16 de julio último, respecto de hallarse desempeñando varios destinos públicos que por la triste situacion de dicha capital, no era fácil delegarlos á otra persona.

Tambien quedó enterado de otra comunicacion del excelentísimo señor marques de Castelar desde Lugo, manifestando su sentimiento por no hallar alivio en sus males que le impiden el ejercicio del noble encargo que se le ha confiado.

El señor arzobispo de Granada acusa el recibo de la circular, y manifiesta haber espuesto al gobierno que el esta-

do de su salud y el de aquella ciudad donde tantos estragos ha hecho el cólera no le permitan ponerse en camino, y que S. M., admitiendo sus escusas le habia permitido por real orden permanecer en dicha ciudad, hasta que sin riesgo de su vida pudiese emprender la marcha. El Estamento quedó enterado, y asimismo de otro oficio del señor marques de Benameji desde Cabeza del Buey, en que acusa el recibo de la circular, y ofrece luego que restablezca su salud presentarse con los documentos prevenidos en el Estatuto Real, no siéndole posible verificarlo ahora por hallarse Córdoba y Benameji invadidos del cólera, á donde debe recurrir por ellos.

Quedó igualmente enterado de otra comunicacion enviada por el Excmo. Sr. presidente del consejo de ministros, en que manifiesta que habiendo dado cuenta á S. M. la Reina Gobernadora de la esposicion que por acuerdo de este Estamento se dirigió á S. E. sobre la solicitud del señor duque de Almenara para que S. M. se dignase dispensarle tomar asiento en el Estamento por no poseer la renta prefijada en el Estatuto Real, se ha dignado S. M. resolver no puede dispensar ninguna de las condiciones prefijadas en dicho Real Estatuto: lo que comunicaba para los efectos consiguientes.

Se dió cuenta de hallarse enfermos y no poder asistir á la sesion de hoy los Excmos. Sres. don Tomas Gonzalez Carvajal, duque de Bervik y Alva, conde de Cuba y don Vicente Ramon Garcia.

El señor presidente manifestó que se iba á proceder á la discusion del dictamen de la comision relativa á la conducta observada por el infante don Carlos: el Excmo. Sr. duque de Vergara propuso que no se declarase discutido mientras hubiese quien quisiese hablar sobre ella, y así se acordó.

En seguida se dió principio á la lectura del dictamen de la comision en los términos siguientes:

Dictamen de la comision del Estamento de Próceres del reino sobre el expediente del Sr. don Carlos Maria Isidro de Borbon.

Señores: En cumplimiento de la augusta promesa que S. M. se dignó hacer á las Cortes generales del reino en el dia de su solemne apertura de someter á su deliberacion la conducta del señor infante don Carlos Maria Isidro de Borbon, para que recayese la decision mas justa y conveniente; se sirvió S. M. mandar que se sometiera al examen y discusion de las Cortes generales del reino la esposicion que sobre tan interesante asunto le habia presentado su secretario de estado y del despacho universal de Gracia y Justicia; la que se presentó al Estamento de Próceres del reino, para que ocupándose con urgencia de ella, tuviese su debido cumplimiento la soberana resolucion.

En dicha esposicion presenta á S. M. el señor secretario del despacho un extracto de los hechos oficiales mas señalados que obran en las secretarías del despacho de Estado y de su cargo; un recuerdo de las leyes del reino y de los principios de la jurisprudencia universal y nacional, que pueden tener lugar para el condigno castigo de los actos positivos de consumada traicion que arroja dicho cuadro, y la indicacion de las razones de alta política que reclama la imparcial y pronta aplicacion del remedio á los males de que se ve hoy dia aquejada la nacion, y de los que la podrian sobrevenir en lo sucesivo.

La comision que el ilustre Estamento se sirvió nombrar para que con presencia de dicha esposicion y documentos que la acompañan, informase si procedia ó no la declaracion solemne á que termina, de deberse excluir á dicho Sr. don Carlos y toda su linea del derecho de suceder en la corona de España, siente todo el peso de la gravedad de este asunto; pero los documentos á que se refiere la esposicion del señor secretario del despacho de Gracia y Justicia, y otros que posteriormente se le remitieron á petición suya; y los tan notorios como escandalosos sucesos de la Granja, con la solemne declaracion de S. M. de 31 de diciembre de 1832, con aquel motivo, arrojan suficiente luz para la ilustracion del Estamento, así como han servido á la comision para el convencimiento de la justicia y necesidad del dictamen que le propone.

Los espresados documentos, que son los que comprende la certificacion librada por el que entonces era secretario de Estado don Francisco Zea Bermudez, se refieren á las contestaciones que habian mediado entre el señor don Fernando VII y S. M. la Reina Gobernadora por una parte, y el Sr. Infante de la otra, relativamente al reconocimiento y jura de S. A. R. que hoy reina felizmente, por Princesa heredera del trono, según las leyes fundamentales de la monarquía, y á las medidas de precaucion que se sirvió dictar el difunto Soberano para evitar el mal influjo que pudiera tener en el sosiego de estos reinos la permanencia del señor don Carlos en el de Portugal. S. M. quiso certificarse de las disposiciones del Sr. Infante para concurrir al acto solemne de la jura, de las que habia dado anteriormente motivos de desconfianza, y en Real orden de 21 de abril del año próximo pasado lo exigió, que manifestase explicita y directamente su propósito de concurrir á la jura de la Señora Princesa, según debia; cuyas espresiones indican bastante la persuasion en que S. M. se hallaba de que el Sr. Infante tenia preteusiones al trono.

En contestacion á esta Real orden, dada en Ramallon á 29 del mismo abril, rompió el silencio con que hasta entonces habia disimulado sus intentos, y negándose á reconocer los derechos de la Señora Princesa, se declaró en guerra con el Rey al mismo tiempo que se confiesa su fiel vasallo, y con la nacion, despre-

ciando la solemne declaracion hecha en las Cortes de 1789, y el reconocimiento y pleito homenaje que habia hecho en ellas á la Señora Princesa. Las contestaciones sucesivas del Sr. Infante y las respuestas de S. M. prolongaron una correspondencia autógrafa, y motivaron varias Reales órdenes comunicadas á don Carlos por medio del enviado en Portugal, hasta que llevó á efecto sus planes de rebelion. S. M. que muy de antemano conocia los designios del Sr. Infante, hubo de creer que los precavía, dándole licencia para trasladarse á Italia, pero desde su contestacion se reconoció, que habiéndosele obligado á la manifestacion franca que habia hecho, no retrocederia de sus designios; y cubriendo su desobediencia con la máscara de la hipocresia, pretestó la santificacion del dia del Corpus, y el estado contagioso en que se hallaba Lisboa, para diferir el viage: al mismo tiempo que en su autógrafa de 19 de mayo decia á S. M. "que le daria gusto y le oheredaria en todo, partiendo lo mas pronto que le fuese posible, porque así lo queria S. M. á quien obedecería en cuanto fuese compatible con su conciencia; pero que se aproximaba el dia del Corpus, y pensaba santificarlo lo mejor que pudiese, en Mafra." S. M. le autorizó para ello, pero le mandó espresamente que no dilatase mas el viage, y que le realizase precisamente para el 10 ó 12 del mismo mes.

La santificacion del Corpus y las protestas de obediencia al Rey tuvieron por objeto el ocultar su designio de ir á Coimbra, lo que S. M. le habia ya prohibido espresamente por Real orden de 7 de mayo anterior. No obstante, y sin temor al contagio de que se hallaban infestados los lugares del tránsito, marchó á aquella ciudad, desde donde escribió á S. M. comunicándole su feliz arribo, y lisonjeándose de que mereceria su aprobacion aquel viage, que tenia por objeto el despedirse de su sobrino don Miguel. S. M. lo desaprobó, reiterándole las órdenes mas terminantes para que se embarcase.

En la reiteracion de estos mandatos, y en la invencion de nuevos pretestos para eludirlos, llegó el 18 de agosto, en cuya fecha dió cuenta el plenipotenciario de la respuesta que habia dado el señor Infante á sus nuevas instancias para que realizase el embarque "que estaba resuelto (contestó) á efectuarlo en Lisboa cuando aquella ciudad fuese restituida á su legitimo Rey," y al plenipotenciario le intimó, "que ya no tenia que tratar con él de semejante asunto, sino con el señor don Miguel."

Irritado S. M. con tal desatado se sirvió expedir la Real orden de 30 de agosto, en que recapitulando por sus fechas todas las contestaciones que habian mediado, y órdenes que en su vista se le habian comunicado, concluia mandándole: "que inmediatamente eligiese alguno de los medios que se le habian propuesto para su embarque: que cualquiera excusa ó dificultad con que demorase su viage, la miraria como una pertinacia en resistir á su voluntad; y que mostraria, como lo juzgase conveniente, que un Infante de España no es libre para desobedecer á su Rey."

Esta terminante resolucion produjo el mismo efecto que las anteriores, como era de esperar, y en 21 de setiembre dió aviso el plenipotenciario de la contestacion del señor Infante, "que no habia variado de resolucion; y pues que se habia convenido en complacer al Rey despues que tomasen á Lisboa las tropas del Rey Fidelísimo, esperaria á que esto se verificase."

En aquellos dias ocurrió el fallecimiento de S. M., sin que se hubiesen hecho efectivas las conminaciones con que se le amagaba; y los reiterados y enérgicos mandatos de S. M. la Reina Gobernadora no pudieron ser mas felices que los de su augusta Esposo, hasta que fueron acompañados de la única y poderosísima razon que se respeta en tales casos, de la que si se hubiese usado, coma era justo, desde que se conocieron los designios del señor Infante, no se veria la nacion envuelta en la guerra civil que la devora.

Desde el funesto fallecimiento de S. M. varió el señor Infante de conducta y de lenguaje. A la notificacion que le hizo nuestro plenipotenciario de las Reales órdenes de S. M. la Reina Gobernadora, relativas al mismo objeto que las anteriores, contestó: "que las circunstancias habian variado completamente: que nadie tenia autoridad para mandarle, ni él la menor necesidad de obedecer ni de responder á nadie: que tenia derechos muy evidentes, y superiores á todos los otros, sobre el trono de España; y que no reconocia ya en el plenipotenciario la facultad de notificarle orden alguna." No obstante, al dia siguiente le llamó, y refiriéndole de la dignidad Real, le intimó la obediencia que le debia como á Rey legitimo de España, condecorándole al mismo tiempo con el caracter de su ministro: á lo que se negó leal y honradamente el plenipotenciario, respondiendo al señor Infante, que *hacia bien*, y que se retirase; entregándole en aquel acto las cinco cartas que se extrañan en la esposicion del señor secretario de Gracia y Justicia, dirigidas á S. M. y señores Infantes, al duque presidente y otras autoridades, exigiendo que se le reconociese por Rey de España, y que se circularan las órdenes según costumbre.

En vista de estos antecedentes, y de acuerdo con el parecer del consejo de Gobierno y del de Ministros, se sirvió S. M. la Reina Gobernadora expedir la Real orden de 16 de octubre del año próximo pasado, en que se declara: "Que el Infante don Carlos por su conducta temeraria y pertinaz, habia incurrido en la nota legal de conspirador contra el Monarca, pacíficamente reconocido; de concitador á la rebelion; de perturbador de la paz del reino; y de promovedor de la guerra civil; y que serian aplicadas á su persona y bienes, y á las de sus parciales todas las penas dictadas contra los sediciosos y perturbadores de la tranquilidad pública."

Estos son los hechos que resultan de los documentos que se han pasado á la comision, en los que funda el dictamen que tiene el honor de presentar al ilustre Estamento; y aunque de-

seaba tener otros á la vista, que por las épocas en que ocurrieron, escuden en importancia á los que obran en el expediente; la fatalidad que preside á nuestro destino hizo que se pusiesen al cuidado de manos infieles los testimonios mas irrefragables de la traicion y rebeldia con que se ha estado conspirando muchos años hace contra los legítimos derechos de la sucesion; de los planes adoptados para consumar tan horrendo crimen: de las personas encargadas de su ejecucion: de las comprometidas en todos sentidos, y de la cooperacion del señor Infante: cuyas relaciones ha mostrado la experiencia y confirman los hechos del día, que no se limitaban al círculo de los intereses personales de sus parciales en la península: pero aun cuando la traicion haya estraviado dichos documentos, existe su memoria en la de todos los españoles leales, que observan con admiracion la conducta del gobierno en este asunto, y sirven de base á la opinion pública tan firmemente pronunciada, como lo manifiesta la conducta de todas las provincias y del ejército, cuya lealtad, al mismo tiempo que de admiracion á los buenos, sirve de terror y espanto á los traidores de todas las clases.

A continuacion de los documentos que se estraen en la esposicion presentada á S. M., hace el secretario de Gracia y Justicia varias reflexiones para ilustracion de S. M. y de las Cortes, en el concepto de que podrán concurrir para calificar la conducta del señor infante, y para descubrir el plan de sus secueles. Llama la atencion hacia el contenido de ciertos papeles entre los aprehendidos en la villa de Guarda en abril del presente año, por ser documentos autógrafos de nombramiento de secretarios del despacho, copias y minutas de instrucciones dirigidas á insurreccionar las provincias, á la recaudacion de contribuciones, á promover la desercion de las tropas, á la concesion de grados y gracias, á la fulminacion de anatemas contra las autoridades y personas que han permanecido fieles al gobierno legítimo. Todos estos son los medios ordinarios que se emplean en semejantes casos, y que podrán servir al gobierno para el que deba tener con los que de algun modo se le hayan hecho sospechosos; y confirmando al mismo tiempo los crímenes de que se ha hecho reo el señor don Carlos, que sirvieron justamente de fundamento á la citada real orden de 16 de octubre.

Refiere en seguidas las disposiciones de las leyes de Partida, Fuero Juzgo y Real y de la Novísima Recopilacion, que hablan de las traiciones y de sus penas. Reflexiona, rebatiendo las objeciones con que quisieron escudarse los que no perciben la diferencia de los crímenes comunes á los cometidos contra la seguridad de las naciones, para hacer trascendentes á los hijos algunas penas, sin las que no se proveeria á la seguridad de la sociedad, y la estabilidad del gobierno constituido. Se hace cargo del error común que gradúa la sucesion al trono por las mismas reglas que las de los mayorazgos; y aunque llama mayorazgo á la corona de España, suponiendo que se fundó por el autor de las leyes de Partida en la 2.^a ley 2.^a, título 15, todavía espresa la diferencia que hay de este á los demás para el caso en cuestion, sobre lo que llamará la comision la atencion del Estamento, para que se ponga en claro este punto de tanta trascendencia, y que tantos y tan graves males ha causado á la nacion y á la Europa entera.

De los documentos que la comision ha tenido á la vista, y que ha meditado con madurez y detenimiento, resulta demostrado: 1.^o Que el infante don Carlos se ha negado abiertamente á reconocer por legítima heredera de la corona de España á la Hija primogénita del señor don Fernando VII; á pretexto de los derechos preferentes que presume tener, y que solo Dios le podía quitar dando á S. M. un hijo varón. 2.^o Que á pretexto de tales derechos desobedeció al rey con subterfugios ridículos, y despreció el inconcuso derecho que la nacion ejerció en las Cortes de 1789, restableciendo la forma primitiva en el orden de suceder á la corona, alterado igualmente por el señor don Felipe V. 3.^o Que desde que dicho señor infante tuvo noticia del fallecimiento del señor don Fernando VII, se declaró rey de España, y presumió ejercer los actos mas sublimes de la soberanía. 4.^o Que con anterioridad al fallecimiento del señor D. Fernando VII habia incurrido en el crimen de conspirador y conitador á la rebelion, y de perturbador de la paz del reino. Y últimamente, que ha consumado sus crímenes, no solo promoviendo la guerra civil, sino poniéndose al frente de ella.

El primero y segundo punto tienen íntima conexi6n entre sí; puesto que el único fundamento de que el señor Infante hace descender sus pretendidos derechos, es la alteracion que el señor don Felipe V quiso introducir; y aunque el respeto obliga á la comision á espresar su dictamen sobre este asunto con las expresiones mas acomodadas á la alta consideracion que es debida á las personas de que habla, no puede dejar de llamar su atencion el que sobre un cimiento tan debil y frivolo se quiera levantar un edificio tan monstruoso. Se agolpan las consideraciones á que provoca esta conducta, y las deja la comision al íntimo convencimiento que de algunos años á esta parte dan los sucesos ocurridos en el reino y fuera de él, para que el Estamento de ilustres Próceres, desenvuelva en la discusion, si lo tiene por conveniente, este enigma, que no lo ha sido para la generalidad de los españoles, con que el señor infante y sus sostenedores de dentro y fuera del reino quieren disfrazar su conducta. La comision está persuadida de que esta no es cuestion de derecho, sino de partido, y de que como tal debe resolverse. ¿Cómo podrán el señor Infante y sus secuaces sostener la paradoja de que solo Dios puede derogar lo que hizo Felipe V, cuando el mismo, poco satisfecho de su obra, se contentó con que se insertase entre la coleccion de los autos acordados que jamas tuvieron fuerza de ley, y solo podian alegarse en defecto de ellas? Pero, aun cuando se dé á aquel auto el caracter de ley fundamental hecha con todos los requisitos necesarios, no por eso dejaría de ser obra de los hombres, sujeta á todas las alteraciones que exigen las necesidades humanas; y no por otra razon podrían las Cortes del año 13 alterar la antiquísima costumbre y leyes del reino que arreglaban la sucesion. Las Cortes del año 89 restablecieron su forma primitiva; y la confirmaron las posteriores en que fue jurada Princesa de Asturias la hija primogénita del señor don Fernando VII, ya actualmente reconocida y jurada por Reina legítima de España. La nacion tiene ahora, y tuvo en 1789, los mismos derechos y poderío que en 1713; y si entonces, á pesar de los juramentos que la obligaban á guardar religiosamente y en toda su integridad los antiquísimos usos, costumbres y leyes que arreglaban el modo y orden de suceder en la suprema autoridad del estado, se creyó con facultades para alterarlas, porque así lo exigiria el bien del mismo, que es la suprema y única ley que reconoce ¿no podría en 89 hacer

lo mismo por identidad de razones? Lo hizo, restableciendo la ley primitiva; y el que obra contra tales resoluciones, incurre en los crímenes de conspirador, de perturbador de la paz del reino, de promovedor de la guerra civil, y de traidor á la patria, y al Rey, que es el caso en que se halla el señor don Carlos.

No se puede poner en duda que el señor Infante y sus parciales no esperan el triunfo de su causa de la fuerza de sus razones: no es el conocimiento de sus derechos el que dirige su conducta. Los sucesos ocurridos en las provincias de Cataluña y Guadalajara cuando segun el estado de las cosas era llamado el señor Infante á la inmediata sucesion del trono, en los que siempre se le proclamaba con el nombre de Carlos V, sin que por su parte diese entonces ni posteriormente la menor señal de desaprobacion, como debia hacerlo para salvar su honor y responsabilidad, prueban hasta la evidencia que todo se hacia con su acuerdo, y que el recurso á sus pretendidos derechos no es mas que un pretexto con que intenta alejar la nota de usurpador con que le caracteriza la opinion general fundada en aquellos hechos, y confirmada por los que sucesiva y frecuentemente se han estado repitiendo. Las contestaciones que dió á las reiteradas órdenes de S. M. para que emprendiese el viaje á Italia, no dejan duda sobre esto; y la devocion y demas pretextos con que las eludia, al mismo tiempo que protestaba el mas tierno cariño á su hermano, y el mas profundo respeto á su rey y señor, prueban hasta la evidencia, que solo se trataba de ganar tiempo cuando llegase el que veian próximo del fallecimiento de S. M., en el que á pretexto de sus pretendidos derechos, podia arrojar la máscara con que hasta entonces se habia encubierto, y poniéndose al frente de la seccion, sin incurrir á su parecer en la nota de rebelde, facilitarse los auxilios que necesitaba para usurpar el trono.

Hay sobre esto un convencimiento tan íntimo y general en la nacion, que evita á la comision la necesidad de desenvolver mas esta idea. La conducta que observó el señor Infante despues que se anunció como Rey de España; su fuga precipitada de Portugal á consecuencia de los gloriosos sucesos de nuestras armas, y su caracter conocido, prueban hasta la evidencia que su regreso á la Península no es consecuencia del convencimiento de sus derechos, sino movimiento de otros resortes que lo han impulsado, y que las Cortes no perderán de vista para proveer el oportuno remedio, y para precaver los funestos resultados á que no conduciría la imprevision.

En circunstancias iguales á las que se halla en el día la nacion, que por desgracia eran muy frecuentes en los siglos pasados, se reunia esta en Cortes generales para sostener al príncipe que habia jurado y colocado en el s6lio de sus predecesores, contra las pretensiones de los ambiciosos, para asegurar el cumplimiento de las leyes relativas á la forma y orden de sucesion, ó dictar en su razon las que creyesen oportunas, y para precaver cuanto pudiese turbar el sosiego y tranquilidad pública; y S. M. la Reina Gobernadora, imitando el ejemplo de sus predecesores, y queriendo restablecer las leyes fundamentales de la monarquía que un tiempo la elevaron á la cumbre del poder y de la prosperidad; ha convocado las actuales Cortes generales, para con su acuerdo tomar las medidas mas eficaces para asegurar los derechos de su escelsa hija doña Isabel II, reconocida y jurada por Reina de España y legítima heredera del trono de sus mayores, contra las injustas pretensiones de su tí6 el señor infante don Carlos.

Seria muy molasto á mas de inútil el que la comision hiciese una larga enumeracion de los casos iguales ó muy semejantes al en que nos hallamos en que las Cortes proveyeron de remedio á los males con que los principes ambiciosos turbaron el sosiego y bienestar de la nacion. Lo ocurrido con la reina doña Isabel I, y las providencias que acordaron las Cortes reunidas con aquel motivo en Segovia y Valladolid el año de 1475, y en Madrid el año siguiente, es un testimonio irrefragable de la fuerza y poder de las Cortes. A ellas acudieron los reyes Católicos para contener los funestos estragos de la horrible tempestad que les amenazaba, y en su fidelidad y patriotismo hallaron el remedio que necesitaba el mal término á que los habian llevado los descontentos y las pretensiones del rey de Portugal á la corona de Castilla, por los derechos que presumia tener por su mujer doña Juana, hija de Henrique IV.

Tambien le hallará la segunda Isabel en las presentes Cortes contra la tempestad que ha levantado su tí6 don Carlos; no cediendo estas á las antiguas en lealtad y celo para proveer á cuanto sea necesario para sostenerla en el s6lio de sus mayores, y para precaver cuanto pueda turbar el sosiego y tranquilidad pública, que es la ley primera y suprema de los estados: con arreglo á la cual es de dictamen la comision de que el Estamento de ilustres Próceres debe declarar: Que el infante don Carlos Maria Isidro de Borbon quede excluido del derecho de suceder en la corona de España, por haber bolido lo mas sagrado de nuestras leyes fundamentales, las que arreglan el orden de suceder en la corona; y por haber atropellado todos los derechos y fueros nacionales, que son la base de la tranquilidad, conservacion y bienestar de la nacion, y el baluarte de la libertad y seguridad de sus individuos, que debe ser respetada por todos los miembros del cuerpo político, sin distincion alguna; haciendo estensiva esta declaracion á su descendencia, como propone el gobierno, sin que obsten para ello la resistencia que presenta la idea de transmitir la pena del delito á la posteridad inocente; ni las doctrinas de los mayorazguistas, segun las cuales el sucesor no deriva su derecho del último poseedor, sino del primer fundador.

El absurdo de haber querido aplicar á los asuntos políticos las leyes civiles que se hicieron para arreglar las herencias entre particulares, ha llegado hasta el abuso de querer que se decidan por ellas las cuestiones mas áridas é importantes del derecho público, siendo así que tienen fines y objetos encontrados. Las primeras tienen por objeto el fúteres y bienestar individual, y las segundas el interés y bien general, que casi siempre está en contradiccion con el otro; y siendo así, ¿cómo podrán resolverse los asuntos políticos por las reglas civiles? De esta confusion de principios nace la disonancia que pueden encontrar algunos en la exclusion de la descendencia. En la opinion de los que así piensan, la nacion es un patrimonio y mayorazgo de la familia reinante, como lo es de un particular un fundo ó una cabana: idea que adoptada por varios Estados de Europa, ha dado por resultado la lucha en que estamos envueltos.

El patrimonio y el mayorazgo se establecieron para bien y provecho del poseedor y su familia; y la dignidad Real y el Principado para beneficio y prosperidad de la nacion, y por lo mis-

mo la sucesion se ha considerado siempre como ley de Estado, y no como una propiedad. De este principio luminoso parte la comision para proponer al Estamento la exclusiva de la descendencia del Sr. Infante. La descendencia de un Principe que desconoce y ultraja los derechos de la nacion, y al mismo tiempo la costumbre inmemorial y ley fundamental de sucesion, la jura hecha tan solemnemente en las Cortes generales del reino de la escelsa Hija primogénita del Rey, y los derechos públicos de la nacion misma, á la cual ha ocasionado su obstinada rebelion tanta mortandad y estragos, no puede inspirar la confianza de que antepondrá á su interés privado el general de la nacion, ni la de que seguirá en el gobierno la marcha franca que reclaman las necesidades del Estado para llegar al remedio de los males que la oprimen, y la gloria y prosperidad á que la conduce la inmortal Cristina, que actualmente nos gobierna.

Nuestra historia nos ofrece hechos de esta naturaleza, en los que no solo se excluyó la descendencia, sino que se negó la obediencia al Rey por causas semejantes. En la sangrienta y dispendiosa guerra civil entre el rey don Pedro y su hermano don Enrique, la nacion usando de su poderío, y haciéndose superior á las leyes, consultando al bien general y á la pública tranquilidad, terminó aquella contienda reconociendo y alzando por Rey de Castilla á don Enrique en las Cortes generales celebradas en Burgos el año de 1367. Aun vivia el rey don Pedro de cuya obediencia se separó la nacion, y sus hijas, que de antemano habian hecho reconocer por herederas legítimas del trono, quedaron escluidas de la sucesion.

Por identidad de razon debe excluirse la descendencia del señor don Carlos. El interés de la seguridad y estabilidad del trono, la felicidad, el bienestar y la tranquilidad general, la libertad y seguridad individual, y el progreso de la nacion en todos sentidos, exigen que se tome esta providencia, que la comision propone al juicio superior del Estamento de ilustres Próceres del reino.

Madrid 28 de agosto de 1834. — José Maria Puig. — Ramon Lopez Pelegrin. — El conde de Pinófel. — Fr. Hipólito, obispo de Lugo. — El duque de Híjar, marques de Orani. — Manuel Garcia Herreros. — Pedro Gonzalez de Vallejo, antiguo obispo de Mallorca. — El marques de Mancera y de Malpica. — El conde de san Roman.

Acabada su lectura, el señor duque de Rivas pidió que se leyese el dictamen dado por el consejo de Gobierno en contestacion á la consulta que sobre este expediente se le hizo. Se leyó é inmediatamente el señor secretario del Despacho que habia pedido la palabra, subió á la tribuna.

Sr. Martinez de la Rosa. — Señores: cuando los secretarios del Despacho tuvieron el honor de proponer á S. M. la restauracion de nuestras antiguas leyes fundamentales, como las garantías de la mayor firmeza y el mayor apoyo del trono, pues unen á este y al pueblo con un lazo tan fuerte como interesante para ambos, la hicieron presente que las circunstancias exigian de justicia, y era de suma necesidad, reunir cuanto antes las Cortes del reino, y una de las razones en que mas se apoyaron fue el que éstas robustecerian y pondrian el trono de Isabel II al abrigo de los insultos. Ante las Cortes generales del reino, con el libro de la ley en la mano etc. (leyó este párrafo que precede al Estatuto Real).

Así se esplicaban los secretarios del Despacho, y S. M. la Reina al abrir las Cortes en un día memorable, que hará época y época de gloria en los fastos de España se dignó decir: "Que uno de los primeros asuntos que se cometerian al juicio de los representantes de la nacion española, sería el del mal aconsejado príncipe, porque era el de mayor importancia, y los secretarios del Despacho deseosos de cumplir con tan noble encargo se han presentado á dar cuenta á este ilustre Estamento en los términos mas claros y consecuentes, creyendo debian proponer la espulsion del derecho á la sucesion de la corona, no solo respecto al infante que empuña las armas contra la Reina, sino tambien respecto á toda su familia.

Vienen pues los secretarios á cumplir con tan grave encargo, pero con todo el respeto que se merecen los escalones del trono, el cual no puede menos de conmoverse aun cuando se trate de robustecerlo y prestarle una actitud mas vigorosa. Los secretarios del Despacho fundados en nuestras leyes y costumbres consideran este punto como propio de las Cortes, pues la historia de nuestra patria nos enseña que las Cortes fueron las que siempre decidieron esta especie de cuestiones, para cuya resolucion se vertió sangre española por españolas manos. Los derechos de nuestra joven Reina, atacados por un príncipe de su misma casa, estan afortunadamente apoyados en cuantos derechos pueden apoyarse; la voluntad general de la nacion, nuestras antiguas leyes fundamentales, la costumbre y la conveniencia común; pero sino se atienden estos principios sería necesario vernos espuestos á perder en un día todas las esperanzas que la nacion ha concebido.

Observemos cual ha sido la conducta de este príncipe, y veremos que los miembros de esta faccion que hoy le sigue hace mucho tiempo que aunque disfrazada empezaron á levantar en su nombre el estandarte de la rebelion, y no una vez sola, y aun alguna apellidando su nombre, sin que por su parte se hiciese diligencia alguna para desarmarlos como debiera. Una provincia de España, belicosa por su caracter, y robustecida por su áspero terreno casi arrojó la máscara, pretendiendo con la sublevacion de otras, distraer á partes distintas la atencion y las fuerzas de su Rey; pero afortunadamente se estinguióron los focos de la rebelion. Acacieron despues los escandalosos sucesos de la Granja (que son notorios por desgracia), y ofreciendo al monarca en el momento de una guerra civil y horrorosa, arranca este príncipe de manos de su Rey y hermano un decreto en la violencia de su enajenacion; sobrevive á esta el Rey, pasa el infante á Portugal, presenta allí una entera resistencia á las órdenes que le enviaba, niega á reconocer á la hija primogénita como Princesa de Asturias, y descubre completamente sus miras protestando que solo Dios podia quitarle sus derechos, cuya protesta pedía se leyese ante las Cortes nacionales, y se comu-

Estado, y parte la a desce- que des- tiempo la a jurá he- de la es- os de la elion tan- de que n, ni la aman las inmort- ca, en los a y dis- ta y don superior tranqui- por Rey oradas en de cuya antemano no, que- encia del d del tro- l, la li- on en to- la comi- es Próce- = Ramon o, obispo uel Gar- o de Ma- coude de dió que se contesta- o. Se leyó había pe- s secreta- S. M. la les, como del trono, como in- circuns- d, reunir nes en el andrian q las Cortes no etc. (le- y S. M. que haré dignó de- terian al ería el del importan- mplir con ta á este sucesores, a la suce- mpaña las á toda su grave en- s escalones aun cuan- mas vig- tras leyes e las Cór- de las Cór- de cuestio- por espa- , atacados nadamente a voluntad amentales, se atendie- stos á per- concebido. ríncipe, y y le sigue mpezaron á , y no una in que por los como su caracter, la máscara, er á partes a fortuna- Acaecieron en autonac- o la pintor- eipe de ma- encia de su ante a Por- órdenes q- genita como sus miras etchos, cuy , y se comu-

nicase á las potencias extranjeras. El Rey juzgó esto indigno del poder y nobleza de la corte de España, y poco decoroso al honor nacional, pues siendo este un negocio español por todas sus circunstancias, creyó demigrativo dar á las cortes extranjeras una satisfacción no necesaria de las cosas interiores de España, pues nadie tenía derecho, ni lo ha pretendido de entrometerse en ellas, y además dió orden á su secretario del Despacho de que no admitiese por sí otra protestación semejante. Fallece S. M. y muestra el infante sin rebozo su intención, su carácter y rebeldía: fomenta desde Portugal la guerra civil en nuestro suelo: maquina tramas y conspiraciones: entran nuestras tropas en aquel reino (antes de estar firmada la cuádrupla alianza), no para tomar parte en la contienda de los dos hermanos que se disputaban aquel trono, sino para alejar de nosotros el foco de la guerra civil: sálvese en Evora por medio de la protección del representante de una nación amiga y enlazada ya con la muestra por el dicho tratado; con arreglo á este se le ofrece la renta suficiente para conservar el decoro de su rango, exígesele únicamente, que no se valga de este medio, para hacer armas contra su legítima Reina que se le concedía; niegase á todo, permanece poco en Inglaterra, sale de oculto, atraviesa la Francia disfrazado y preséntase en Navarra, creyendo que su vista será la señal de la sublevación general, en lo cual felizmente se ha engañado.

Tal es la conducta de este príncipe, empeñado en usurpar la corona, sin derecho alguno en qué apoyarse: veamos ahora si podrá hacerlo en nuestras leyes, y pronto hallaremos que en nada le favorecen. No puede buscarse este punto de la sucesión hereditaria de la monarquía española en los tiempos de la dominación goda, pues el carácter de aquellos guerreros exigía que los gobernase uno que mas que el cetro empuñase la espada: como pueblo valiente y conquistador necesitaba un rey que lo fuese, y por lo mismo las mugeres jamás podían elevarse al Trono. Acaece la dominación agarena; reduce España á un pequeño círculo, elije á Pelayo por su rey, y caudillo para ir palmo á palmo reconquistando lo perdido, y empieza á introducirse la monarquía hereditaria, ya para dar mayor unidad al poder real, para que nunca faltase, ya para unir al trono con los pueblos, ya en fin porque el amor de los padres quería dejar á sus hijos lo que ellos poseyeron. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que en los primeros pasos vemos en el Trono á la hija de D. Alfonso VI. Siguiéron otros ejemplos semejantes, aunque no pasaban entonces de una costumbre: pero que con la afluencia general había echando muy hondas raíces, y aunque el Fuero Real habla de ello, solo como una costumbre, luego en la ley 2.^a, tit. 15, prtit. 2.^a, vemos consagrado esto con toda solemnidad, mandando que las hijas sucedan á la corona segun hasta entonces lo había prescrito la costumbre. Así se lee en las Partidas, código fundamental, nunca bastante admirado, y que en aquellos siglos de oscuridad resplandece mas porque es mas solo.

(Aquí citó el orador los varios casos en que las hembras heredaron la corona, y entre ellos el ejemplo del mismo celebre legislador Alonso el Sabio, de la hija de D. Sancho el Bravo, que fue reconocida en Cortes como inmediata sucesora del trono despues de la muerte de su padre, aunque no tuvo efecto por haberle nacido un hijo varon al espresado Rey D. Sancho.)

Pero como esta monarquía se formó de tantas otras, acaso habrá quien crea, que en alguna de sus diferentes instituciones se halla la esclusión de las hembras; pero ni en Castilla, ni en Leon, ni en ninguna de las que hoy son sus provincias, y en otro tiempo fueron estados independientes, excluyó jamás á las hembras, ni en las cuatro provincias hoy sublevadas, donde siempre se reconoció á las hembras, y aun antes de juntarse con Castilla ya una de ellas contaba cinco Reinas, y era tal el celo de este reino en conservar semejante principio, que cuando una Reina ó heredera inmediata casaba con un príncipe extranjero, hacia que este jurase conservar intacta y en toda su fuerza esta ley, así como todas las demas fundamentales, de donde se sigue, que estas provincias son las que menos derechos tenían para defender una proposición tan contraria á sus leyes fundamentales.

Los partidarios de la doctrina opuesta no han podido citar en su apoyo ni una sola ley antigua, y han tenido que acudir á un auto acordado. No entrare en examinar las causas que hacen patente la poca libertad que tuvieron las Cortes en la aprobación de esta ley en tiempo de Felipe V, y concediendo por ahora que aquel Monarca pudiese en unión de las Cortes establecerla, ¿que mas poder tuvo aquel para introducir esta novedad extranjera, y tan contraria á nuestras leyes fundamentales, que Fernando VII para derogar esta disposición y renovar las antiguas castellanas leyes? Además, en aquel auto acordado solo mediaron intereses de familias, y en esta ley sancionada en 1833, mediaba el interés de la nación entera. Se ha dicho en uno de los cuerpos representativos de Europa, hablando de la práctica sancionada últimamente citada, que no pudiera permitirse se llevase á cabo, sin echar abajo tratados solemnes, haciendo relación al celebre de Utrech.

(Aquí el orador demostró, que en aquel tratado solo se atendió á mantener el equilibrio entre las naciones de Europa, sin mezclarse en los asuntos privativos de ninguna de ellas, y así es que por el mismo tratado se reconocía á la reina de Inglaterra, y se obligaba á España á no dar auxilio á los enemigos de aquella reina protestante. En ocasión de hablar de aquel país pago un justo tributo de elogios al Rey actual de Inglaterra, que con tanto fervor abrazó el partido de nuestra joven Reina.)

Nos hallamos pues en el caso de mirar la cuestión, no como una sucesión á un mayorazgo, sino como la sucesión

de la suprema dignidad, y los casos son enteramente distintos; pues el primero posee cosas, y el segundo manda hombres.

Las leyes estan terminantes: segun ellas el que toma el título de rey comete una traicion, y en pena debe ser privado de todo su derecho si alguno tuviese á la corona. Lo que aquí se propone, no se propone como un tribunal sino como á las Cortes generales de la nación: el proyecto del gobierno es justo, justísimo, fundado en toda razon y conveniencia, y basta abrir los ojos para ver los males que nos podria acarrear la desaprobación por las Cortes de este proyecto que el gobierno les presenta escluyendo del derecho eventual á la sucesión del trono al infante y sus hijos, para de este modo evitar los males que de lo contrario pudieran sobrevenir á la nación, en cuyo caso no temería por mí, temería por la causa de la libertad.

El Sr. duque de Rivas.—Al tiempo de tomar la palabra en contra del dictamen me lisonjeo de que no habrá entre los que me escuchan quien pueda imaginar que voy á combatir el punto principal de aquel, tambien me lisonjeo de que mis compañeros los dignos individuos de la comisión conocerán desde luego que no será fuerte mi oposición por que no hay sobre que recaiga cuando han establecido principios tan sólidos y luminosos: voy solamente á hacer algunas ligerísimas observaciones acerca del dictamen de la comisión, y de la comunicación hecha por el gobierno. Así puede decirse que mas que en contra voy á hablar sobre el modo como se ha presentado la declaración al Estamento de este gravísimo é importante asunto. Tres puntos de vista tiene este, á mi entender, bajo que considerarse: 1.^o El que le presenta como un litigio entre dos partes encontradas que pretenden una herencia, apoyándose en leyes diversas; 2.^o El de una causa criminal en que debe haber un juicio y recaer una sentencia con imposición de una pena determinada de antemano por la ley; y 3.^o Como una cuestión de alta política, como un caso extraordinario en que la nación debe escluir de todo derecho al trono á una rama de la dinastía que le ocupa, porque está en oposición abierta con los intereses nacionales. Este solo es el punto de vista sobre que debemos tratar esta cuestión escabrosa, porque examinar los otros dos seria minucioso y aun perjudicial, seria entrar en un asunto propio de un tribunal civil ó de un tribunal criminal; pero no de un cuerpo representativo, deliberante, legislador; seria darle un cierto aire de proceso que de ninguna manera conviene á legisladores; no obramos nosotros como jueces, en cuyo caso tendríamos que proceder con arreglo á leyes establecidas de antemano, sino que nos hallamos en el de los que hacen esas leyes, siguiendo el único norte que debe dirigir para ellas, que es la conveniencia pública y el interés general. Apoyado en estos principios yo quisiera que la comisión en su dictamen, así como le descarta sabiamente de toda cita de ley, hubiera esplanado un tanto el punto de los antecedentes de este asunto, y hubiera insistido mas en demostrar los peligros que amenazan á la seguridad del estado, á la paz y tranquilidad de estos reinos permitiéndole sentarse en el trono al infante don Carlos y su descendencia; aunque creo que no habrá tal vez insistido en estos sentimientos dejando al Estamento que los patentice á la nación, y acaso tambien para ceñirse al mismo dictamen del consejo.

Yo elogiaré el gobierno de S. M. por la premura y arrojo con que ha presentado á la discusión de las Cortes, esa cuestión interesante, vital; aprobaré tambien el modo con que la ha sostenido, y aprobaré las citas de leyes que se hallan en ese documento oportunamente aglomeradas con objeto de hacer ver y calificar la conducta de ese príncipe desde que se declaró desobediente al Rey y usurpador de la corona; pero desaprobare las mismas citas si se nos dan como norma y pauta de la nueva ley que se propone. Lo que si echo menos en la comunicación del gobierno es que no nos haya dado formulada la ley, porque ciertamente se nos pide una resolución que es una ley, y se necesita saber como se publicará. ¿Será acaso como una consulta ó como un dictamen popular? No, sino como una verdadera ley. ¿Pues por qué no viene la ley ya propuesta? Tal vez querrá el gobierno despues de dada esta resolución, presentarnos de nuevo el proyecto de ley, y tendríamos entonces que entablar nuevas discusiones; y de esta manera un asunto gravísimo, si, pero muy sencillo queda espuesto á complicaciones. Yo me atrevería á pedir á los señores de la comisión que previnieran este defecto dando el proyecto de ley en su dictamen, porque de otra manera la discusión no puede menos de ser larga y complicada.

—Tampoco hubiera tal vez sido fuera de su lugar, que al presentarnos el gobierno el proyecto de ley de esclusión del trono lo hubiera hecho, no solo para ahora para el caso de don Carlos, sino para lo sucesivo, precaviendo estos males con otra ley de sucesión á la corona clara, esplicita, terminante, marcando en ella las líneas que deben ser llamadas á ocupar el trono, y así evitaríamos á nuestros nietos que volviesen á ver otro testamento de Carlos II y otra sangrienta, desoladora guerra de sucesión.

Hechas estas ligeras observaciones sobre el dictamen de la comisión, y sobre la comunicación del gobierno, entré ahora de lleno en el fondo de la cuestión, y sostendré con todas mis fuerzas lo que el gobierno y la comisión proponen, aunque no creo serán necesarios grandes esfuerzos, porque la conveniencia pública, único norte del Estamento, está pidiendo á gritos cual debe ser la resolución que ha de tomarse. Yo no quiero considerar á este desventurado príncipe que nos pone en tanto compromiso, ni quiero que le considere el Estamento como un súbdito desobediente á su Rey, como un vasallo rebelde á su soberano, como un ambicioso

que abanderiza malhechores, y que siembra la guerra civil en el seno de nuestra desventurada patria; no, señores, yo le consideraré solamente como el aliado de D. Miguel, como el representante de la Santa Alianza, como el caudillo de un partido enemigo de la nación, como gefe de un partido, que como acaba de decir muy oportunamente el señor secretario de Estado, le desacredita, le burla, le escarnece, le toma solamente por instrumento de sus intereses, por instrumento para tiranizar la España, para establecer el reinado de la ignorancia, del monopolio, de los privilegios, del fanatismo, de la inquisición; de un partido frenético que juzga en sus insensatos delirios que puede hacer retroceder á los españoles y á la Europa entera hasta el punto á donde el quiere; de un partido que quiere establecer un pueblo bárbaro, y un poder sostenido por vias de sangre y sobre montones de cadáveres, sobre la tumba de la ilustración moderna. ¿Quién quiera que considere así al mal aconsejado príncipe, podrá dudar un momento cual ha de ser su voto en esta ocasión? ¿Qué español que ame á su patria, que conozca los males sin cuento que ha tantos años la devoran y destrazan, quien pudiese verla llegar al alto nivel de gloria, de grandeza, de ilustración, de prosperidad que la compete, podrá dudar un momento en cerrar el camino del trono á un príncipe que la cultura de la nación rechaza, que España mira con hastío, de un príncipe á quien solo sostiene una escasa facción, agitada por los miserables que buscan medios de engrandecimiento en la ruina de su patria, en la maldición de la Europa, en el llanto universal?

Creo que insistir en este punto seria abusar de la bondad del Estamento y ofender sus luces. La cuestión es clarísima, y creo que el voto de mis compañeros será el de todos los buenos españoles. La cuestión abraza dos estremos: primero, la esclusión del infante; segundo, la esclusión de los derechos al trono de las Españas de sus hijos y de su descendencia.

En cuanto al primer punto creo que no cabe duda, y tambien en cuanto al segundo, el señor secretario de estado que me ha precedido en la palabra, lo ha demostrado evidentemente, y tendria por precision que valerme de los mismos medios, porque no hay otros, si quisiese hablar sobre ellos; pero tal vez puede aun haber almas demasiado apocadas, conciencias sobrado tímidas, algunas personas que aun no se hayan enterado á fondo de lo importante de la cuestión, y que aun no prevén los resultados que debe tener. Por otra parte, señores, merecen tanta compasión y miramiento la juventud y la inocencia para los que creen que la esclusión del trono es una pena. Pero no lo es ni puede serlo. La mayor parte de los que estamos en este salon tenemos hijos, tenemos herederos; pero, señores, en un caso tan trascendental, de tan gravísimas consecuencias, es preciso hacer callar los afectos del alma y juzgar solo por los de la razón: la ternura, la compasión, afectos tan propios de las almas nobles, de los corazones generosos, no pueden tener todo su valor en este caso. ¿Deberíamos acaso dejar por estos sentimientos hacia nuestros propios hijos, una cadena de desastres sin fin á la desgraciada posteridad? He dicho que este era un suceso extraordinario; y ahora añadiré que no le falta sin embargo regla en España, y regla de que no podemos prescindir. Además, las familias reales que tienen presunción á la corona, no pueden ser miradas como los particulares; y está es un principio de eterna verdad que el gobierno y que la comisión desarrolla, y el cual debemos tener presente en esta resolución; porque el que un hijo sea tonto ó discreto, esté mal ó bien educado, no pone en compromiso ni causa trascendencia á la nación; pero cuántos daños pueden seguirse al estado de que se ejerza la suprema autoridad del estado por personas de tan perniciosa enseñanza y de miras tan contrarias al interés general? Los hijos se alimentan, por decirlo así, de las ideas de sus padres, se fijan, se desarrollan en ellos; los hijos del infante don Carlos no pueden menos de mirar como un agravio el que se le haya privado de esos mentidos derechos, los mas legítimos para ellos porque se trata de su padre; ¿pues qué seria si mañana, por una funesta desgracia, un hijo de don Carlos llegase á ocupar el trono, educado en esos principios? Y no se diga que la proserpción, el destierro los endulzaría, porque estos no amansan á los príncipes, sino los ensoberbecen. No olvidemos, señores, que la gloria, la prosperidad del estado, la estabilidad de las leyes que hemos jurado, la hermosa perspectiva de felicidad y de ilustración que se nos presenta, todo lo debemos á la frágil existencia de dos inocentes niñas; no ponga, pues, en peligro una imprudencia nuestra la existencia de la monarquía; no espongamnos á que se malogre algun dia la sabiduría con que la Reina Gobernadora ha restablecido las leyes de la patria, los esfuerzos que todos los buenos estamos haciendo para sostenerlas, y los torrentes de sangre que estan costando á los valientes y leales ejércitos, el trono mismo, las leyes, la libertad. Por otra parte, la nación se encontraría en un gravísimo compromiso: si por una cadena de desgracias imprevistas viniera al trono como designado por nosotros un hijo del Infante, pondríamos á la nación en la durísima alternativa ó de ser infiel á su soberano por conservar la libertad, ó de renunciar á la libertad por no faltar á un príncipe que sabemos la educación que ha tenido por un personaje que todos conocemos, y no me atrevo á nombrar por no mancillar este recinto. Y aun es necesaria una resolución definitiva en este punto para contener como ha observado muy diestramente el señor secretario de Estado que me ha precedido de algun modo este foco de esperanzas; porque tampoco se podria hacer un gran crimen de tener cierta deferencia de ser partidario de los herederos presuntivos del trono.

Que la corona no es un mayorazgo, ni la nación propie-

dad de nadie, es una verdad tan evidente, que insistir en ella sería ofender á la ilustración del Estamento que con tanta indulgencia me oye: y dice bien la comisión sobre este principio que las Cortes tienen facultades para escluir á las personas que no convienen á la nación, y de esto hay ejemplares y muchos, de que la comisión cita algunos y pudiera haber añadido el de las Cortes de Segovia de 1216 en que dieron la sucesión en vida de don Alfonso á su hijo don Juan desechando á los hijos del infante don Fernando, y por cierto que cuando el P. Juan de Mariana da cuenta de este importante suceso, me acuerdo usa de estas palabras «que obraron conforme á derecho en ello, y que obraron por el pro común del reino.» También pudiera haber citado el famoso compromiso de 1411, en que nueve compromisarios ó diputados de Aragón, Cataluña y Valencia decidieron á favor del infante don Fernando desechando al conde de Urgel y toda su descendencia, que acaso tenía mejor derecho; y es de notar el sermón ó discurso de S. Vicente Ferrer, uno de los compromisarios, en que sentó las bases sobre que fundó su dictamen y voto, y en el cual dijo que debía elegirse rey á aquel que presentase mas seguridad del bien de los pueblos, y mas amor á los fueros y á las leyes del reino; máxima tan al caso presente, que parece se estableció para regir en esta resolución. Ni se deben desvirtuar estos ejemplos por decir que pertenecen á siglos medio bárbaros, en que la sociedad no estaba bien establecida, ni los derechos asegurados: hay otros ejemplos de dos pueblos modernos de las naciones mas grandes de la Europa que debemos tener á la vista si queremos no errar, porque su historia nos ilustrará. En Inglaterra en el año 1688, en el período que los ingleses llaman su gloriosa revolución, y que lo fue ciertamente, escluyó del trono la nación á toda la familia de los Estuardos, y sentó en el al príncipe de Orange, y poco después á la Reina Ana y á la dinastía que felizmente reina; y desde entonces ese rápido desarrollo de ilustración y prosperidad, esa tierra clásica de la libertad bien entendida, del patriotismo y de toda suerte de virtudes públicas y privadas. Y en Francia hemos visto há cuatro años arrojar del trono á Carlos X, al duque de Angulema, al de Burdeos y su descendencia porque eran enemigos de las leyes, y no podían dejar de serlo, y en su lugar para sostenerlas y mejorarlas, sentaron á la familia de Orleans. Y ¿por qué lo han hecho? Para asegurar la tranquilidad y bien del Estado, que es la suprema ley. Pues nosotros estamos en ese caso.

Ciertamente es doloroso, dolorosísimo para mí, y creo que para todos los que me escuchan, que nos haya puesto en tan duro y terrible compromiso un infante de Castilla, descendiente de cien reyes, un nieto del buen Carlos III, hijo de Carlos IV el benigno, el cándido; permítaseme, señores, recuerde con gratitud la memoria de este Monarca, á quien debe mi familia grandes favores, á quien hemos servido todos con lealtad en nuestra juventud: hijo sayo es el infante, nacido aquí, español como nosotros; pero la ambición ha hallado cabida en su pecho, y se ha hecho vender de un partido que trata solo de tiranizar á su patria, y de destruir las leyes y el mismo trono para levantarse sobre sus ruinas. Debe, pues, levantarse una muralla de bronce entre el trono de las Españas y el Infante D. Carlos, sus hijos y su posteridad.

El señor García Herreros dijo que de propósito la comisión ni había citado leyes, ni fundado en ellas, siguiendo el mismo rumbo el gobierno llevando también el objeto de fundar en los debates las razones en que se apoyaba.

El señor secretario del despacho de Hacienda dijo: que aunque se había propuesto no tomar la palabra en un asunto en que todos los buenos estaban convenidos, y se hallaban tan interesados el gobierno como la nación, todavía se encontraba precisado á romper el silencio para demostrar que el proyecto no adolecía de los dos defectos que le hallaba el ilustre Procer á quien iba á responder, reducidos, el primero á que no se escluyó en el proyecto de un modo claro, terminante y exento de dudas la descendencia de don Carlos de los derechos de la corona, y el otro que no fijaba la línea ó rama de la dinastía que debía ocupar el otro, si por una desgracia llegasen á faltar las inocentes hijas de don Fernando VII: pero nada parecía á S. E. que podía ser mas claro y expedito en este punto que lo que dice el proyecto de ley, á saber: «Queda escluido el infante don Carlos María Isidro de Borbon y Bordon y toda su línea del derecho de suceder á la corona de España.» En cuanto á la segunda falta que al proyecto se atribuye de no decir la rama que debe suceder en la corona por falta de las augustas Hijas del señor don Fernando VII, el gobierno se había abstenido absolutamente de hacerlo, porque lo creía imprudente é innecesario. Imprudente, porque no hay un solo español que ignore cuales son las leyes de suceder á la corona de España desde que se restablecieron por las Cortes de 1789: innecesario porque es claro, que con arreglo á las mismas leyes á falta de las dos Hijas del señor don Fernando VII entraría á reinar la línea mas próxima, saltando por la de don Carlos, escluida como lo quedará por todos los poderes del estado.

Antes de concluir dijo S. E., que no podía menos de recordar que en tiempo de Suintila se celebró en Toledo un concilio general á que asistieron, no solo los eclesiásticos, sino todos los nobles ó señores, y en aquella asamblea quedó escluido Rodomiro, y nombrada en su lugar su hermana doña Juliana. Los Infantes de la Cerda en tiempo de don Alonso el Sabio y de don

Fernando IV quedaron escluidos en su totalidad de la sucesión, declarándose que debía suceder don Sancho el Bravo, sobre cuyo punto es digno de leerse el discurso pronunciado por el Infante don Manuel, que nos ha conservado la crónica. Impugnó luego al señor secretario que había hablado; y dijo, que los ingleses en la época que citó S. E. no habían desposeído á toda la línea de los Estuardos, sino á la de Jacobo II, cuya espulsion y la de su línea la decretó primero la cámara de los comunes, y la de los pares solo la de Jacobo II, sin querer hacerlo de su hijo, aunque mas adelante la propia cámara alta escluyó al hijo de Jacoro II, fundándose solo en la conveniencia pública: pues era de creer que el hijo de Jacobo II le heredase tambien en su iusano rencor contra el estado. Citó últimamente el orador el reciente ejemplo de Rusia, donde el gran duque Constantino renunció á la corona, no solo por sí, sino tambien por sus hijos, que con arreglo á las leyes fundamentales del país, han quedado desposeídos de todo derecho de suceder á la corona.

La cuestión presente, dijo concluyendo el orador, no es una cuestión de raza ó de dinastía, es una cuestión de civilización, porque si don Carlos reinase en España volvería en breve á los siglos bárbaros. Porque ¿quiénes serían, pregunto, los que se apoderarían de las rentas del Estado? Las dos clases peores y mas perjudiciales de la sociedad, á saber: la teocrática y la proletaria: las dos clases que tienen menos intereses en la verdadera felicidad de la nación, porque las mas finas, las mas poderosas, las mas industriosas, todas ellas con rarísimas excepciones, se han pronunciado por nuestra Reina doña Isabel II. ¿Y quién duda la suerte que cabría á todas aquellas clases, si el partido de don Carlos llegase á entronizarse en España? Las razones de justicia, pues, la conveniencia pública, y el interés nacional son las que han tenido presentes el gobierno y la comisión para decretar la esclusion de la rama de don Carlos á la sucesión de la corona de España.

El señor Cano Manuel, considerando el grave negocio de que se trataba bajo un aspecto político, no tomó la palabra para impugnar el dictamen de la comisión, sino para hacer alguna observación sobre el estado permanente de conspiración en que han estado los partidarios de don Carlos de algunos años á esta parte. Hizo luego una recapitulación de todos los hechos consignados en el proyecto dirigido al ilustre Estamento por el señor secretario del despacho de Gracia y Justicia, y llegando á la época de la muerte del difunto Rey, manifestó que desde aquel momento había comenzado el gran delito político de la apostasía del príncipe, mediante la cual se declaró enemigo de esta misma nación, y empezó á ejercer los actos mas visibles de soberanía, rompiendo los vínculos que la nación tiene con su Rey, barriendo una de las leyes fundamentales de la monarquía, alimentando una guerra fratricida, y aspirando nada menos que á disolver la sociedad. Citó la ley 2.^a, tit. 19, part. 2.^a que habla del derecho del pueblo español y del Rey, y dice que este debe guardar al pueblo de él mismo, de sí propio y de los extraños, esplanado en las leyes siguientes el modo con que debe hacerse aquella guarda. Alegó luego el ejemplo de lo ocurrido en la última enfermedad de Carlos II, á quien atormentaban á antemortuos embajadores por conseguir una declaración favorable á la ambición de sus amos; y cuando uno adelantaba algo, el otro decía que no se había contado con la voluntad de la nación representada en Cortes, y cuando al otro le parecía haber asegurado la declaración porque ansiaba, salía el otro oponiendo la misma dificultad.

Con todo el mundo se contó menos con la nación, con teólogos, con letrados, y con la corte de Roma, mirando la sucesión de la corona como un asunto puramente familiar, del mismo modo que le miró Felipe V, y el marques de S. Felipe, aunque Filipino de todo corazón, no puede menos de manifestar en sus comentarios la obra de iniquidad que entonces se cometió, desatendiendo los usos establecidos de tiempo inmemorial para estos casos. ¿Qué facultad tenía Felipe V, preguntó el ilustre orador, para quebrantar estos usos, aun prescindiendo de que si entró en el goce de la corona fue por medio de la violación de esta misma ley? Por todas estas razones concluyó S. E. que la persona del infante por la conducta que había observado se había hecho acreedor á las penas que la ley impone, de modo que hubiera querido se borrara la palabra conveniencia pública, porque la nación se halla en el caso de ejercer sus derechos cuando ve roto el pacto, y que se atacan sus leyes fundamentales. Leyó en seguida una ley de partida según la cual, la nación junta con el rey es quien debe tomar parte en la gran cuestión de si tiene opción ó capacidad una persona para opinar; si debe ser rey ó no un infante, que en lugar de concurrir á que los españoles sean los guardadores del rey, concurren á hacer que se destruyan unos á otros y derramen su sangre por efecto de la guerra civil que ha provocado y promovido; y añadió por último que aprobaba en todas sus partes el dictamen de la comisión.

El Sr. García Herreros.—El gobierno es y no la comisión la que ha hablado de pérdida ó ocultación de documentos. El Sr. preopinante tiene en lo que acaba de oír de boca del señor ministro de estado una contestación mas amplia que la que puede darle la comisión. Además, todos estamos persuadidos que estos documentos no harían otra cosa que detallar con mas puntualidad la conspiración del infante.

El Sr. Cano Manuel.—Estoy completamente satisfecho: la discusión lo ha aclarado todo.

El Sr. Secretario marques de Guadalcazar pidió al estamento que se agregase á la propuesta de la comisión, que no se permitía á don Carlos y sus descendientes volver á España. Suscitóse alguna duda sobre lo que se iba á votar, y el señor marques de Espeja propuso que se dijese *derechos eventuales*; y á esto contestó el señor García Herreros que esto era precisamente lo que expresaba la palabra eventualidad. Por fin se acordó

que el dictamen que se ponía á votación fuese el siguiente:

«El Estamento de Próceres del reino tomando en consideración el expediente remitido por el gobierno de orden de S. M. la Reina Gobernadora sobre la conducta del infante don Carlos y conformándose con el dictamen de la comisión nombrada para su examen, declara quedar escluido el infante don Carlos María Isidro de Borbon y toda su línea del derecho á suceder á la corona de España.

Declara asimismo el Estamento por su propio motu que el infante don Carlos María Isidro de Borbon y toda su línea quedan privados de la facultad de volver á los dominios de España.»

El señor marques de Espeja pidió que los señores Próceres ausentes pudiesen enviar sus votos, y así se acordó.

En este estado se suspendió por un rato la sesión con motivo de la salida del salón del señor presidente, y vuelto á su silla procedió á la votación nominal.

Verificada esta resultó aprobado el dictamen de la comisión por 71 votos de 72 señores Próceres presentes; habiéndose abstenido de votar el Excmo. Sr. conde de Taboada, en uso de la facultad que le concede el reglamento.

Los señores Próceres que votaron fueron los Excmos. señores marques de Albaida, marques de Alcañices, don Víctor. A excepción de Ramon García, obispo electo de Almería (quien en no han salido su voto por escrito por estar enfermo), don Juan Alva dia no ha rez Guerra, marques de las Amarillas, don Miguel R. discusión, cardo de Alava, duque de Bailen, obispo de Barcelona, don J. y el Eusebio Bardaji, duque de Berwich (que envió su voto por escrito por hallarse enfermo), don Javier de Burgos, marques de la Candelaria de Yarayabo, don Antonio Cano Manuel, duque de Castroterreño, conde de Clavijo, obispo de Córdoba, don Ramon Gil de la Cuadra, don José de Capis actos, franga, conde de Cervellon, marques de Espeja, don singular par Martin Fernandez de Navarrete, patriarca de las Indias liberta dias, don Manuel García Herreros, don Tomas Gonzalez mente y sin Carbajal (que lo hizo de oficio por estar enfermo), conde ta; pero no Gonzalez de Castejon, obispo don Pedro Gonzalez Valle sentir, toda jo, duque de Gor, marques de Guadalcazar, conde d concentrado Guauqui, duque de Hija, conde de Humanes, obispo d que hubiese Huesca, don Justo María Ibar Navarro; don Ramon Lo te, á no ser p ez Pelegrin, obispo de Lago, marques de Malpica, don An y que así q tonio Martinez, duque de Medinaceli, arzobispo de Meji co hispano, la marques de Moncayo, marques de Monreal y Santiago, con las demas. de de Oñate, don Joaquin Navarro Sangran, conde de Mon rán los mi terron, duque de Noblejas, conde de Ofalia, conde Parcent Cádiz solo s don Ignacio de la Pezuela, conde de Pinofiel, obispo don An constancias; tonio Posadas, don José María Puig, con le de Priegne, con no vieron e de de Puñonrostro, conde de Pino Hermoso, don Manne extranjero, José Quintana, duque de Rivas, conde de Salvatierra, mar tra regener ques de San Felices, duque de San Lorenzo, marques de Sa gente que p Martin de Hombreiros, conde de San Roman, conde de a? ¿No ha Santa Ana, marques de Santa Cruz, marques de Santa Cruz rebelion y San Esteban, conde de Sástago, duque de San Carlos prenta no conde de Teba, don Mariano Lihan, conde del Venadito, berana. En duque de Veraguas, don Gaspar Vigodet, conde de Villa las partes n fuertes y marques de Valmediano. habían con

Resultaron ausentes los Excmos. señores conde de Atarés, arzobispo de Burgos, marques de Camarasa, marqués de Cerralbo, conde de Cuba y obispo de Valladolid.

En seguida se puso á votación la adición siguiente, reclamada por varios señores Próceres antes de la misma votación: «Que don Carlos y sus descendientes queden privados de la facultad de volver á los dominios de España.»

La votación fue nominal, resultando aprobada la adición por los mismos votos unánimes presentes, excepto los señores conde de Taboada y marques de San Mar en ellos. Po

tin de Hombreiros, que se abstuvieron de votar, cuando de la facultad referida que concede el reglamento.

Concluida la votación insistió el señor duque de Rivas, en que ya estaba aprobado por el Estamento la indicación del señor marques de Espeja, que pedía se autorizase á la mesa para oficiár á los señores Próceres ausentes á fin de participárselo. Esto suscitó un ligero debate en que se manifestó no ser necesaria esta autorización por ser cosa sabida.

Siendo las cuatro menos cuarto se levantó la sesión anunciada el señor presidente que se avisaría para la siguiente.

Espectáculos.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las siete y media de la noche *L'Elisir d' amore*, ópera bufa en dos actos, música del maestro Donizetti.

Desempeñará el señor Genero la parte que el maestro escribió expresamente para él en Milan, donde tan prodigioso éxito logró esta ópera. Siguiendo indispueta la señora Albertazzi, señora Campos, constituida en la obligación de suplirla, cantará la parte de primera dama. La de *Dulcamara* estará á cargo de señor Francisco Salas. — *Actores:* Sras. A. Campos y Serrano Sras. Genero, Bottelli, Salas y coristas.

TEATRO DE LA CRUZ. Hoy no hay función.

Este periódico se suscribe en Madrid en el despacho principal del *Observador*, calle del Principe, núm. 5 y 6, esquina á la de la Visitación, en la librería de viuda de Cruz, frente á las gradas de San Felipe, de Orea calle de la Montera, y en la de Sanchez calle de la Concepcion Gerónima.

En las provincias en las librerías de *Piferrer*, Barcelona; *Hortal*, Cádiz; *Ferris*, Valencia; *Hidalgo*, Sevilla; *Garcia*, Bilbao; *Sanz*, Granada; *Calvete*, Coruña; *Hernandez*, Murcia; *Rey Romero*, Santiago; *Blanco*, Salamanca; *Arnaiz*, Burgos; *Longas*, Pamplona; *Riesgo*, Santander; *Pis*, Plasencia; *Berard*, Córdoba; *Cereceda*, Jaen; *Hernandez*, Toledo; *Carreras*, Málaga; *Rodriguez*, Valladolid, *Yagües*, Zaragoza; *Riera*, Reus; *Pazos*, Orense; *Bueno*, Jerez; *Guasp*, Palma; *Viuda de Carrillo*, Badajoz; *Benedicto*, Cartagena; *Baluart*, Gerona; *Lafita*, Barbastró; *Longoria*, Oviedo; *Lopez y Sator*, calle de la Botica, en Huelva; *Algeciras*, don Antonio Sierra. En *Manzanares*, en la secretaría de ayuntamiento a cargo de don Francisco García. En Cáceres, casa de don Manuel Segura.

MADRID, 1834: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN, á cargo de M. Macias,